

**DOMINGO III DEL TIEMPO ORDINARIO**

**1ª lectura** (Jonás 3, 1-5.10): *Ponte en marcha.*

**Salmo** (24, 4-5a.6.7cd.8-9): *«Señor, enséñame tus caminos»*

**2ª lectura** (1ª Corintios 7, 29-31): *El momento es apremiante.*

**Evangelio** (Marcos 1, 14-20): *Está cerca el Reino de Dios.*

Ni antes ni después, sino en el momento en el que Dios actúa, llega la hora, se acaba una historia y comienza otra: la historia del hombre que cumple plenamente el designio eterno del Padre. Ante la importancia de este hecho resulta banal discutir acerca del espacio temporal en que esto sucedió, poco importa si todo comenzó en el año cero o en el año uno, lo que sí nos importa de verdad es saber que al hacerse Dios hombre cambió la historia de los hombres en la tierra. Y este es un hito que desde entonces celebramos.

En los textos que la liturgia nos propone para leer hoy en nuestra celebración eucarística tanto Jonás como Pablo y el más antiguo de los evangelistas nos recuerdan que existen momentos apremiantes, plazos que se acaban y una tarea urgente que hay que realizar. Eso es lo importante y lo que trae consigo la novedad del evangelio.

La primera lectura (de la profecía de Jonás), nos cuenta que la ciudad de Nínive estaba inmersa en una vida de desenfreno y depravación por lo que Dios pensó castigarla; pero, alcanzó su favor y su perdón al reaccionar y cambiar de vida ante la palabra del profeta. La buena noticia es que la caducidad de los bienes y males de este mundo no pueden empañar nuestra esperanza de eternidad; buena noticia es la que nos dice que el Reino de Dios está ya a nuestro alcance. Todo eso ya es seguro. Nadie puede cambiar la acción de Dios en favor del hombre.

Pero, el riesgo está ahí: podemos presumir de que Dios ya lo ha hecho todo en favor nuestro, o podemos pensar que el castigo de Dios es irrevocable cuanto reconocemos la magnitud de nuestros pecados. Los textos mencionados nos aseguran que Dios no quiere la destrucción de Nínive sino su conversión; pero ésta supone que los ninivitas han abandonado su forma de vivir ya que ella les aleja del favor de Dios que es el único garante de su supervivencia.

El momento es apremiante. Se ha cumplido el plazo, ha llegado el momento culminante en el que el designio de Dios sobre la paz y el bienestar del hombre se ha realizado enteramente en la historia. Jesús es la expresión máxima de este designio y por Él la paz y el bienestar están al alcance de quien lo desee de todo corazón, sin egoísmos ni mezquindades. Esa es la gran noticia que garantiza el destino feliz del hombre: la participación de la vida de Dios. Creer, aceptar la validez de esta noticia, requiere un cambio de mentalidad que trascienda la visión insuficiente que la razón suministra.

La conversión y el arrepentimiento son un camino seguro para volver a sentir la inalterable voluntad salvífica de Dios. La conversión es una actitud vital que emana de la gozosa aceptación de la Buena Noticia. No es fácil arrepentirse de los pecados si no los consideramos como algo que estorba nuestra paz y bienestar según nos la brinda el evangelio. La urgencia de la conversión no puede ni debe entenderse como un ultimátum que amenaza, en caso contrario, el bienestar del hombre, sino como una buena noticia que alegra el corazón del que la recibe y le mueve a conformar su criterio y voluntad para alcanzarla.

La vida está llena de señales; unas (las de tráfico) indican hacia algo exterior, otras (manos juntas, besos, abrazos) son indicadores de algo interior y también hay otras que son cuidadoras de la salud de todas las personas, de todos los grupos y de todos los pueblos de la tierra. A pesar de todas las señales que nos encontramos en nuestra vida cotidiana no somos capaces de caminar por el camino que conduce a la vida. Queremos ir cada cual por donde mejor nos parece en cada momento sin pensar para nada en los demás.

Las llamadas apremiantes a descubrir el Reino anunciado por Jesús desde el comienzo de su predicación, como acabamos de escuchar en el evangelio que hemos proclamado, nos invita a salir de nosotros mismos, a abandonar todo aquello que estamos viviendo y realizando en nuestras formas de vida individual, en nuestras relaciones egoístas con las demás personas y en el mal trato de la naturaleza.

A escuchar la voz de las personas que con sus palabras y con sus acciones están proclamando claramente que es posible vivir de otra manera para que otras personas puedan recuperar una vida digna en la que sean respetados sus derechos a una tierra, a un trabajo y a un techo para poder realizar sus proyectos humanos.

A esas personas, hermanas nuestras, hemos de darles acogida, escucha, la ayuda que necesiten en ese momento y lograr, de esa manera, su puesto en ese nuevo espacio. Así, poco a poco, lograran encontrarse con otras ciudadanas que les irán abriendo sus casas, sus proyectos, sus amistades para que puedan compartir sus cualidades y potencialidades en la construcción conjunta de un mundo más justo y solidario.

Si de verdad escucháramos esa voz, entenderíamos fácilmente lo que significa la conversión a la que Jesús nos invita cuando dice que el Reino está cerca de nosotros, a nuestro lado y que, en la vida de cualquier persona que encontremos, nos podemos acercar y escuchar su voz.